

UN OCCIDENTE ACEFALO, EN UN MUNDO FRAGMENTADO

El término «Occidente» nos ha parecido siempre de lo más confuso que pueda imaginarse. No nos gusta. (¿«Occidente» es Yugoslavia y no es España?) Pero se ha incrustado—manipulado con múltiples intenciones—en la política internacional, y hay que usarlo. No es Occidente, según sus defensores, «Oriente» (que comprende, por ejemplo, a Polonia o Checoslovaquia, pero no al Japón), ni el «Tercer Mundo». Quedan huecos—malévolamente creados—e interrogantes. ¿Qué es Portugal, miembro de la OTAN con un gobierno cuya raíz no es «peruanista», sino «cubanista»? ¿Y Sudáfrica, la «condenada» en la ONU? ¿Y España, flotante y utilizada, cuando hace falta, y flagelada y aislada, cuando no? Dentro de lo multinacional o pluriestatal, ¿la OTAN es de veras la encarnación de lo occidental? ¿Hay una OEA occidentalista o un hervidero de tendencias dispares en la OEA? ¿Saben los miembros de la OUA lo que son y lo que quieren ser? El doctor Banda no era el doctor Nyerere, por ejemplo, ni El Gadafhi tampoco mister Houphouët-Boigny, ponemos por caso, cuando el terreno se mueve bajo sus pies con frecuencia, en la propia casa.

Barcia Trelles, desde esta misma REVISTA, ha explicado como nadie—seguido por Cola, Aznar, Mestre y Rubio—el paso del bipolarismo simplista y harto incompleto de 1945 al policentrismo cambiante Kaleidoskópico de 1975, pero aún será más confuso en el futuro. Mas como a España, desde hace doscientos cincuenta años, llegan las cosas exteriores con considerable retraso—así nos va—, por una vez emplearemos el clásico e impreciso término Occidente—mencionado en los acuerdos hispano-yanquis, por ejemplo—y que cada lector lo rellene a su gusto.

* * *

Resulta que el Occidente tenía un leader—el influjo anglosajón es patente en la terminología internacional—: los Estados Unidos; unos «ratones» más o menos sumisos (Inglaterra, operando a su gusto; Francia, con veleidades

de grandeur a contrapelo, etc.), y unos curiosos adheridos, muchos ex vendidos, ex clientes y ex dependientes. Algún caso era y es raro (y muy conocido para nosotros), por espontáneo, generoso e ingenuo impulso. El Oriente—que era, como en el maniqueísmo, lo contrario, la encarnación del mal—tenía otro leader, la URSS, y unos satélites, algunos más díscolos, con algún velado compañero de oportunidades o de viaje. Luego—desde 1954—pasó a tener leader y medio—el medio no era Tito, sino Mao—, y ya son dos sin duda. En cuanto al Tercer Mundo, nunca fue ni equidistante, ni neutralista, ni constante, ni homogéneo, ni clasificable en todos sus ejemplos. La ONU era la «gallera» no sangrienta que albergaba a los dos mundos—luego, a los varios—, de donde vino, a falta de otros éxitos positivos, su utilidad, porque las organizaciones regionales (quitando al Plan Colombo y alguna «técnica») estaban, no politizadas, sino escoradas hacia alguno de los dos bandos; tanto que no han faltado los hundimientos, como en el caso de la OTASE.

* * *

Pero ya en 1973-74 el esquema no servía. En 1975, el esquema perturba, y en el futuro no sabemos qué dolores de cabeza va a tener la Humanidad por culpa de la tendencia a constituir grupos con liderazgos (¡Rubén Darío hubiera escrito «capitanías naturales»!) sumisos y díscolos, más algún aislado, no del todo. Los Estados Unidos no son ya—por propia decisión y por el curso de los hechos—el leader de Occidente (tampoco la URSS lo es totalmente del Oriente o Este). Aquellos han asistido, gaseado y agotado («watergateados»), al crack de su Indochina, es decir, y pensando en el futuro, del Asia monzónica, con la misma impasibilidad con que contemplaron lo que pasó en Indostán, en Ulster y, a juzgar por las apariencias, en Portugal y sus ex dependencias. Se reservan para lo que pasa en la zona medio oriental, que tiene por centro a Israel, que fue su criatura, y merced al yiddish lobby es su mentor. Y algo reservan a Londres. Ahora pretenden otro camino más barato: entenderse con Moscú y con Pekín, lo que simultáneamente tendría que ser un milagro; y ni Kissinger hace milagros ni merece que sobre él caigan las culpas de un sistema de relaciones que se encontró en marcha y que rectificó en lo que pudo. En Europa, Luxemburgo les vale más que España.

Si el mal general o común consuela a los tontos—muy cualificados para brillar en los ambientes internacionales en nuestros días, aunque sean de otras épocas, como don Pedro G. Labrador y compañía—, el Oriente tam-

bién está, no sin leader, sino con dos líderes encontrados, y un liderillo que quiere quedar fuera de ambos. Pero ese paralelismo parcial y con excepciones no puede consolarnos. Porque el proceso corrosivo interno de Occidente—que no tiene parangón con el férreo y hermético mundo comunista—se ha acelerado vertiginosamente, con la gran crisis que empezó con el petróleo, y que, por cierto, provocaron los excesos del lobby judío en los Estados Unidos, aunque sin ellos habría de haber brotado más tarde. Anacrónicamente, ese mundo de graves problemas, sin remedios inmediatos, y de congestivo caos, tiene tiempo para mantener viejos slogans: aislamiento (salvo para los aprovechantes) de la «España fascista»—cuya desaparición llorarían con sangre, aunque en silencio—; concentración del racismo sólo en Sudáfrica, como si no floreciera por doquier desde el Himalaya al Ulster, que creíamos cristiano y europeo, llegando a los slumps negros de las urbes ricas del hemisferio nortoccidental; proteccionismo made in CEE contra los países mediterráneos, compitiendo con los proteccionismos yanqui y soviético, etc. Un caos digno de estudiarse y analizarse si hubiera tiempo en paz para ello.

* * *

España sigue su camino, un tanto como el baturro del cuento que usaba la vía férrea, dejando a los maquinistas el cuidado de apartarse. Se mezclan en esta continuidad, muy compleja, viejos y nuevos elementos: fidelidad a viejas ideas—libertad humana para creer y tener un círculo propio (hispanoamericanismo, deseado «européismo»), repulsa de lo que ha conocido por «comunismo», etc. Otro poco deriva de lo que le imponen las circunstancias adyacentes y las propias: pacifismo; amistad con los árabes (puesta a prueba por su vecino marroquí); deseos de desarrollarse como todos los pueblos, ferozmente dificultados por la CEE, y otros obstáculos que sueñan menos: onusianismo—diríase que Madariaga dejó su espíritu en Madrid—y, en fin, ya después, como suprema expresión de su egoísmo (¡más pobre y legítimo no cabe!), deseos de que cese su «gibraltarización». Y el de contar con alguien como amigo real, como todo el mundo, Nepal y Lesotho incluidos, porque los Estados solos son, desde el más grande al más chico, impotentes ante cualquier problema exterior de cierta envergadura.

Y este deseo se quiso canalizar en los acuerdos con Washington de 1953, que luego fueron los de 1963-68 y hasta ahora los de 1970, en su duplicación de letra y realidad: Concordato (ahora en trance de revisión por mutuo

deseo), descolonización africana (poco feliz en sus resultados, sean en Rabat o en Molobo), aproximación regional (limitada a la inocua OCDE, que ya no es sólo regional), arreglo pacífico en el Estrecho (rechazado por el ocupante del Peñón) y pacto ibérico, vigente en cuanto no ha sido denunciado, pero afectado sustancialmente por el rumbo de los acontecimientos lusos; lo mismo que las aproximaciones a Francia iniciadas en 1959 y 1970, estropeadas por las iniciativas desde Francia, sean o no galos sus autores.

Por lo que se ve, del curso de nuestra diplomacia—a la que nadie podrá negar que no tenga sus razones para ello, aunque la discreción usual nos deje bastante a oscuras, a los ciudadanos corrientes—insistimos en la orientación estadounidense. Aquí no hay por qué elogiarla ni censurarla. Simplemente basta con «cotejarla», con el propósito—anunciado en el Congreso en Bruselas y en la Secretaría de Estado—de que el Tío Sam está harto —y exhausto— de hacer de gendarme mundial, y de comprometerse a ayudar, socorrer, etc., a los demás, sobre todo si los interesados no corresponden. Nos parece lógico. Sólo añadimos una interrogante mental, que se deriva de una curiosidad ciudadana: ¿cómo armonizarán los futuros compromisos con tal nueva postura de la otra parte, valorada por la experiencia del pasado reciente, y habida cuenta del nuevo panorama mundial? Simplemente, no tenemos respuesta. Los españoles pueden ser todo lo ingenuos que se quiera, pero estaría loco el que envidiara en estos momentos a nuestros negociadores. Con desearles buena suerte, ausencia de presiones de cualquier origen y no crearles obstáculos, sobra. Lo malo es que los síntomas protocolarios alarman.

El Mundo de 1975 no es el Mundo de 1945; treinta años de diferencia: demasiado para una historia acelerada, salvo en la martirizada Indochina y quizás en Palestina; y la conducta de los Estados y de las organizaciones ha variado, y lo hará más, lo quieran o no. El que se pare en 1945 ya está arrastrado, quiera percibirlo o no.

«Occidente» está sin leader; pero antes estaba fragmentado. Oriente anda por el estilo. El Tercer Mundo son los múltiples y cambiantes tercetos y cuartos mundos. El papel de orientador de las relaciones internacionales es el más escurridizo y peligroso entre mil que pudieran escogerse. Esto lo saben muchos; pero no sobra, que se recuerde, aquí y ahora. Y que se tenga siempre presente, más por los «supersuficientes» que por los prudentes. Lo que no vale es que España «pague» acefalías ajenas.

J. M. C. T.

ESTUDIOS

